

LA IDEOLOGIA POLITICA DE GOETHE

LA última conmemoración goethiana ha dado lugar en los países de habla alemana a multitud de nuevas ediciones y de trabajos monográficos, que fueron recopilados en el número 51 del *Börsenblatt für den deutschen Buchhandel*. La excelente revista *Die Gegenwart*, de Friburgo de Brisgovia, recogió en su número 16, de 18 de agosto del pasado año, un cuadro de conjunto, ordenado por materias, que abarca dos páginas y media impresas en tipo menudo. Una de las ediciones publicadas con motivo de la aludida conmemoración está integrada por veinticuatro tomos, siendo todavía mucho más voluminosas las anteriores ediciones. Es que tan sólo la correspondencia de Goethe llegada hasta nosotros constituye un total de unas trece mil cartas.

Cuando ya en el ocaso de su vida Goethe se encontraba ocupado en la redacción de su testamento, le decía al canciller v. Müller el 18 de noviembre de 1830: «Mi herencia es tan complicada y tan diversa, tan importante no sólo para mis descendientes, sino también para todo el Weimar intelectual, e incluso para Alemania entera, que nunca serán bastantes el cuidado y la precaución que yo ponga. Mis manuscritos, mi correspondencia, mis colecciones de todo género, merecen la diligencia más escrupulosa. Sería lástima que todas estas cosas se dispersasen. Yo no he coleccionado de manera caprichosa y arbitraria, sino que lo hice siempre con el plan y el propósito de contribuir a la propia ilustración de manera consecuente, y en cada objeto de los que poseo he aprendido algo.»

Para los lectores extranjeros, y en particular para los españoles, existe un obstáculo que impide familiarizarse directamente con el pensamiento de Goethe y que viene a sumarse a las dificultades propias del idioma. Aludimos a las traducciones, por lo general incompletas, muy desiguales cualitativamente y agotadas, además, en no-

pocos casos. Pensando en los lectores de esta REVISTA que por no dominar la lengua alemana se hallen en la imposibilidad de informarse por sí mismos acerca del tema Goethe y la política, el autor del presente trabajo se propone el modesto designio de espigar unos cuantos datos de especial relieve en el cúmulo de materiales existentes, utilizando como guía en su intento la excelente monografía de Wilhelm Mommsen *Die politischen Anschauungen Goethes* (1).

En los *Anales* o diario de Goethe, correspondiente a los años 1749 a 1822, el propio pensador transcribe a grandes rasgos, con fecha 1.º de octubre de 1808, su conversación con Napoleón, en la que el corso le asegura: «Vous êtes un homme!» Al correr del diálogo Napoleón se refiere a aquellas obras teatrales en que los personajes no actúan a impulso de la propia reflexión, sino que lo hacen empujados por las luminosas u oscuras fuerzas del destino. Napoleón censura las piezas de ese género literario que en la literatura alemana se conocen bajo la denominación de «obras fatalistas», y expone su criterio de que han correspondido a unos tiempos más lóbregos. «¿A qué viene ahora el destino? —exclama—. La política es el destino.» Si Napoleón concibe la política como cosa independiente de la evolución humana, tampoco Goethe deja de sentir algo parecido, sólo que la reacción de Goethe es fundamentalmente diversa. Mientras que Napoleón trataba de dirigir y gobernar las fuerzas políticas, Goethe, ya maduro, rehusaba sistemáticamente ocuparse de cuestiones políticas. En los *Anales* de 1813 se lee: «Aquí debo mencionar todavía una peculiaridad de mi actuación. Mientras que en el mundo político se producía algo terriblemente amenazador, yo me entregué con tenacidad a lo más alejado posible. A ello hay que atribuir el que en este tiempo me consagrarse, con la dedicación más seria, al Imperio chino y, alternando, escribiese el epílogo de Essex, precisamente el día de la batalla de Leipzig.» Esta aversión de Goethe a la política como tal, su sensación de soslayar así lo espantoso, lo amenazador, su deseo de huir de la actualidad presente para refugiarse en la lejanía del pasado, es algo que no ocurrió siempre del mismo modo. La dilatada existencia del genio, que, desde el período de la Ilustración, alcanzó la Revolución francesa y presenció el encumbramiento y la caída de Na-

(1) WILHELM MOMMSEN, «Die politischen Anschauungen Goethes», *Deutsche Verlagsanstalt*, Stuttgart. 313 págs.

poleón y, por último, la Restauración, ha sido afectada múltiples veces por los acontecimientos de la época, y los sucesos políticos se reflejan con reiteración en sus obras y en sus manifestaciones, pese a las reservas del anciano Goethe.

Wilhelm Mommsen expone su método de trabajo en el capítulo que lleva por rúbrica: «Zur Fragestellung und Methode». No sin razón ha recurrido con frecuencia a las conversaciones de Goethe, aunque se percata de que la transcripción de las mismas no puede por menos de adolecer de defectos técnicos, por la carencia de anotaciones precisamente sobre las conversaciones sostenidas por Goethe con los personajes políticos más destacados y con otros hombres públicos.

Cada época contempla al poeta desde un punto de vista diverso. Su personalidad fué reclamada al propio plano político por liberales y por conservadores, e incluso por socialistas y por nacionalsocialistas. Y como, por otra parte, no cuesta mucho trabajo atribuirles opiniones del propio Goethe a algunos personajes de sus obras dramáticas, resulta fácil probar, de manera «rigurosamente científica», ésta o la otra interpretación.

Si nos detenemos un instante en la obra dramática, advertimos que el drama *Egmont* es una pieza eminentemente política, si entendemos por política el juego de las fuerzas en el seno de una nación o entre las diversas naciones, es decir, algo de carácter dinámico. El *Egmont* goethiano, lo mismo que su contrincante Alba y los restantes personajes que Goethe saca a escena, no tienen demasiado que ver con los titulares verdaderos de esos nombres, como la investigación moderna ha dejado demostrado hace ya tiempo. Ciertamente el principal protagonista, *Egmont*, es un héroe político, pero, como Mommsen expone con acierto, la libertad por la que *Egmont* sacrifica su vida no es propiamente la libertad política, sino la libertad de obrar con arreglo a la justicia. Por eso vemos en *Egmont* el relato de la lucha entre el hombre y el destino y no una pieza política en sentido propio.

Mucho antes de aparecer el *Egmont* había visto ya la luz el *Goetz von Berlichingen*, que Goethe había concluido en 1773, es decir, cuando contaba sólo veinticuatro años. El mismo autor ha manifestado repetidas veces que para esta obra teatral había elegido, con pleno discernimiento, un tema de carácter nacional. La trama dramática, la lucha del caballero en favor del trabajador

campesino, constituye un problema auténticamente político. Al joven Goethe le apena la impotencia política del Reich alemán, y su propia crítica de las instituciones existentes la retrotrae el poeta a la época de las Guerras de los Campesinos, que alcanzan su punto culminante en 1525. Sin dejar por ello de mostrar una gran comprensión para el sufrimiento y la miseria de los campesinos, en *Goetz* encontramos, sin embargo, una terminante repulsa para su actitud revolucionaria.

Ein deutsches Ritterherz empfand mit Pein
 In diesem Wust den Trieb gerecht zu sein.
 Bei manchen Zügen, die er unternahm,
 Er half und schadete, so wie es kam.
 Bald gab er selbst, bald brach er das Geleit,
 Tat Recht und Unrecht in Verworrenheit,
 Sodass zuletzt die Woge, die ihn trug,
 Auf seinem Haupt verschlingend überschlug (2).

Cuando, en la torre de Heilbronn, Goetz moribundo entrega su alma, repitiendo: «¡Libertad, libertad!», tampoco es en la libertad política en la que aquí piensa, sino más bien en la libertad interior. El elemento religioso se evoca en el precedente diálogo con su mujer, cuando el protagonista exclama: «¡Hágase su voluntad!»

Una y otra vez se ha intentado interpretar el *Fausto* como obra política, alegando que Fausto, y en particular el de la segunda parte, fué, de propósito, dotado por el poeta con rasgos peculiares de Federico el Grande, y que Goethe quiso elevar así un monumento a la memoria del monarca. Treitschke, por ejemplo, pretendía encontrar tal paralelo. Para justificarlo se cita frecuentemente la frase tomada de *Dichtung und Wahrheit*, donde se dice: «So war ich denn auch preussisch oder, um richtiger zu reden, «fritzisch» gesinnt» (3). La cita prosigue, pero su continuación se

(2) «Un corazón alemán de caballero sintió con pena el afán de ser justo en esta confusión. En diversas empresas por él acometidas, socorrió y causó daño, según cuadrase. Unas veces dió él mismo escolta, otras dispersó los convoyes. En el desconcierto hizo justicia y agravió, de suerte que la ola que le soportaba concluyó por pasar sobre su cabeza y engullirle.»

(3) «También tenía yo, pues, sentimientos prusianos, o para hablar con más propiedad, *federicianos*.»

omite con frecuencia. La segunda parte del *Fausto* contiene, en efecto, una serie de pensamientos políticos, pero como no fué terminada sino en los postreros años de la vida del poeta, es mucho más natural encontrar en ella el ideario político del siglo XIX, especialmente el del período que sigue a las guerras de emancipación, que el propio de la época de Federico el Grande. En la segunda parte del *Fausto* hay, en el primer acto, la escena que se desarrolla en el palacio imperial y representa la asamblea del emperador con los cortesanos y con Mefistófeles. En ella, Mefistófeles, una vez informado por los jefes de los diversos departamentos —para expresarse en términos modernos— acerca de la lastimosa situación financiera del Reich, aconseja recurrir a la panacea universal de todos los ministros de hacienda desaprensivos, es decir, poner en marcha la máquina de imprimir billetes y lanzar papel moneda a la circulación. En una de las escenas siguientes el tesoro le recuerda al emperador que él mismo firmó los pedazos de papel con las diversas expresiones de valor monetario. A través de esta escena repercute la aversión de Goethe a los movimientos de masas, a la falta de discernimiento de las masas, aunque las palabras estén puestas en boca de los ministros o en la del propio emperador, que no alcanza a ver las consecuencias económicas que la inflación ha de producir. Cuando el poeta escribía la segunda parte del *Fausto* estaba todavía reciente la primera gran inflación moderna, desencadenada por la Revolución francesa.

Goethe se ha ocupado no sólo de este problema originado por la Revolución, sino también de otras diversas manifestaciones de procesos revolucionarios. La epopeya *Hermann und Dorothea* muestra la indigencia de los emigrados políticos. Las simpatías de Goethe están totalmente del lado de las fuerzas conservadoras. «Aber wer fest auf dem Sinne beharrt, der bildet die Welt sich...» (4).

La parte grotesca de la Revolución queda retratada por Goethe en una composición poética de circunstancias, hecha en 1793: el *Grosskophtha*. También el *Bürgergeneral* —el general miliciano— es resueltamente antirrevolucionario y caricaturiza a los revolucionarios, como lo indica ya la elección del nombre Schnaps —aguardiente— que lleva una de las principales figuras. El politicastro Schnaps expone la situación política de una ciudad sitiada sirvién-

(4) «El que persevera en su opinión, conforma el mundo a su manera.»

«dese de un jarro de leche. La leche se cuaja y los ricos son la nata agria. Debajo se encuentra la «hübsche wohlhabende Mittelstand» —la primorosa y opulenta clase media—. El azúcar que se añade representa los bienes eclesiásticos. No hay más que entremezclarlo bien todo para que resulte la agridulce leche de la libertad y de la igualdad.

En 1792, Goethe, elevado entretanto a la categoría ministerial, en Weimar, toma parte en la Guerra de Intervención de las Potencias Conservadoras, contra Francia, al lado de su Duque, general del ejército prusiano. La campaña de Francia, que no constituyó un episodio glorioso para las potencias intervencionistas, hizo sentir indudablemente a Goethe que vivía en una época de transición. Creía, sin embargo, que, afortunadamente, las nuevas ideas no se habrían de propagar con tanta facilidad en Alemania, por encontrarse ésta encerrada en una inalterable masa nórdica. En la tragedia *Die natürliche Tochter* se ponen en boca del monje que aparece en la escena séptima frases de la más acre repulsa contra la multitud. El monje habla del «insolente desenfreno de la vida ciudadana, la confusa mezcla de refinados crímenes» de «la masa de trabajadores que de una parte para otra se agita en este espacio. Un pueblo profundamente agobiado y reducido es incapaz de domeñar al elemento».

La posición de Goethe con respecto a Francia ha variado repetidas veces en el decurso de su vida. En 1771, en su época de Estrasburgo, era contrario a los franceses. En un esbozo posterior, que lleva por título *Die Stellung der Deutschen zum Auslande, besonders zu den Franzosen* —en *Deutsche Literatur*—, dice, refiriéndose a ellos, que la diligencia de los alemanes, que jamás han discutido, la encuentran, sin embargo, trabajosa, fatigosa y molesta. «El francés tiene que variar una y otra vez.» Han llegado a nosotros múltiples frases en las que Goethe expresa su admiración por la cultura francesa como tal. Una anotación en el diario, correspondiente al 7 de junio de 1831, alude a la posición de Alemania con respecto a Francia: «Los franceses continúan siendo siempre extraños y singulares. Pero que el alemán no piense que puede hacer por ellos algo radical. Primero tienen que aderezarlo todo, sea lo que sea, a su manera.» La precitada entrevista con Napoleón causó en Goethe una honda impresión. Ya antes del encuentro había manifestado: «Los hombres extraordinarios como

Napoleón están por encima de la moral. Son, en fin de cuentas, como las causas físicas, como el fuego y el agua.» En las *Gespräche mit Eckermann*, Goethe ve en Napoleón lo demoníaco: «Su vida fué la marcha de un semidiós, de batalla en batalla y de victoria en victoria. Bien pudiera afirmarse de él que se encontró en una continua disposición de iluminado.» La tan citada frase que el poeta patriótico Ernst Moritz Arndt nos transmite: «Por mucho que sacudáis vuestras cadenas, el hombre es demasiado grande para vosotros, no conseguiréis romperlas», prueba, a nuestro entender, dos cosas: que Goethe contempla la lucha liberadora de 1813 desde una gran lontananza personal y, por otra parte, que reconoce la inconmensurable grandeza del corso.

Puede discutirse la necesidad de opinar, con Mommsen, que Goethe haya tenido la sensación de que la cultura alemana fué protegida por Napoleón, quien domoñó la revolución y el ímpetu de las masas. Es, sin embargo, seguro que Goethe impidió, en 1813, que su hijo se incorporase a los soldados de la libertad, entre los que él no ve principalmente a entusiastas patriotas, sino a «señoritos que quieren hurtarse al trabajo serio». Pero también en este punto debe advertirse que para Goethe el fuego sagrado del arte y de la ciencia, y la conservación del mismo, contaban más que el patriótico enardecimiento. El fallo: «Ein echter deutscher Mann mag keinen Franzen leiden, doch ihre Weine trinkt er gern» (5), de la escena de los estudiantes en la bodega de Auerbach, del *Fausto*, forma parte del conjunto de frases de Goethe que el lenguaje popular ha recogido, pero en esta forma tan trivial no puede, en modo alguno, representar el pensamiento del poeta.

La posición con respecto a Rusia está determinada por la concepción política de Goethe, que en la edad madura se encontraba francamente al lado de las fuerzas integrantes de la Santa Alianza organizada por Metternich, y en la que el pensamiento dinástico-conservador luchaba contra la Revolución. Para los habitantes de los territorios de lengua alemana, los aliados rusos eran todos cosacos. Goethe habla de «chordas salvajes», de las que ha recogido,

(5) «A un verdadero alemán no le gustan los franceses, pero bebe con gusto sus vinos.»

sobre todo, impresiones de índole estética. Respecto a su actuación, nos dice:

Wir sehen endlich wieder Kosaken,
die haben uns vom Tyrannen befreit,
sie befreien uns wohl auch von der Freiheit (6).

El juicio de Goethe acerca de los ingleses es mucho más positivo. Admiraba su sentido práctico, y así lo manifiesta en cierta ocasión a Eckermann: «Könnte man nur den Deutschen nach dem Vorbilde der Engländer weniger Philosophie und mehr Tatkraft, weniger Theorie und mehr Praxis beibringen» (7).

Como contemporáneo de la independencia de Norteamérica, no faltan en Goethe referencias a los norteamericanos:

Amerika du hast es besser
Als unser Kontinent, das alte,
Hast keine verfallenen Schlösser
und keine Basalte.
Dich stört nicht im Innern
in lebendiger Zeit,
Unnutzes Erinnern
Und vergeblicher Streit (8).

Acerca de la postura de Goethe respecto a España, se echa de menos un estudio monográfico moderno, pues el de Farinelli (9) no pasa de ser un esbozo. Además de para *Egmont*, Goethe ha elegido todavía para otra obra un tema que tiene a España como escenario. La pieza en que lo desarrolla lleva el título de *Clavigo*, por el nombre de su protagonista. El tema de *Clavigo* fué extraído por Goethe de las *Mémoires* de Beaumarchais. Pero la obra no contiene ninguna apreciación general sobre España. Los acontecimientos de 1820 los sigue Goethe en la obra de Hügel *Spanien*.

(6) «Por fin vemos otra vez cosacos, que nos han libertado de los tiranos; pero que pueden liberarnos también de la libertad.»

(7) «¡Ojalá que, siguiendo el ejemplo de los ingleses, se pudiese inculcar a los alemanes menos filosofía y más energía; menos teoría y más práctica!»

(8) «América, tú estás mejor que nuestro Continente, el Viejo. No posees castillos en ruinas ni basaltos. No perturban en la actualidad tu vida interior ni el estéril recuerdo ni la inútil lucha.»

(9) ARTURO FARINELLI, *Goethe et l'Espagne*, Turin, 1904.

und die Revolution, y concuerda con este historiador, de ideas conservadoras, cuyos relatos encuentra metódicos y fidedignos. Su aversión a la revolución se manifiesta claramente en la reseña que él mismo hace de la obra de Hügel: «¡Ay del soberano de un pueblo cuyos derechos son vulnerados! ¡Ay del pueblo de un soberano cuyos derechos son violados!», escribe. Aparte del *Quijote*, conocía Goethe la *Numancia*, del mismo Cervantes, y también las obras de Calderón, y había leído además algunos fragmentos de Quevedo, aunque, como es sabido, no dominaba la lengua española.

Después del Congreso de Verona de 1822, Goethe se halla otra vez francamente en el campo de las potencias interventoras. Encuentra elogiosos conceptos para los Borbones españoles y celebra la intervención francesa en España.

Por lo que hace a sus compatriotas, la postura de Goethe es absolutamente crítica. Ha reconocido, con toda claridad, los puntos flacos de los alemanes: «Ferner hat mich die Erfahrung gelehrt, dass man, besonders in Deutschland, vergebens mehrere zu einer Ansicht ruft. So viel Köpfe, soviel Sinne, ist die eigentliche Devise der Nation» (10). Después de las guerras de liberación, el influjo de los románticos logra que en Alemania se haga especial hincapié en los valores históricos. Todo un grupo de literatos recurre a las viejas formas, e incluso se habla de «deutsch» —teutón— En las *Zahme Xenien* —1821—, cuyos versos son de índole combativa, podemos leer:

Verfluchtes Volk, kaum bist du frei
so brichst du dich in dir selber entzwei.
War nicht der Not, des Glücks genug,
Deutsch oder teutsch, du wirst nicht klug (11).

Y en la colección *Gedichte, antiker Form sich nähernd*, en la composición titulada *Deutscher Nationalcharakter* —carácter nacional alemán—, encontramos: «Zur Nation euch zu binden, ihr

(10) «Además, la experiencia me ha enseñado que, sobre todo en Alemania, en vano se convocará a varias personas para sostener una opinión. Tantas sentencias como cabezas constituye el verdadero lema de la nación.»

(11) «¡Maldito pueblo! Apenas te ves libre y ya te despedazas tú mismo... ¿No era ya bastante la calamidad y la ventura? Alemán o teutón, tú no escarmentas nunca.»

hoffet es, Deutsche, vergebens; bildet, ihr könnt es, dafür freier zu Menschen Euch aus» (12). Tampoco con esta «formación libre» pretendía aludir Goethe a la libertad política. En la esfera de la política interior, el ministro del diminuto Estado de Weimar era, por ejemplo, un convencido adversario de la libertad de prensa y un partidario de la tradicional forma de separación radical de las clases sociales. Su concepción del Estado corresponde más bien al siglo XVIII. Su ideal lo constituía un Estado asistencial, dirigido, y no la autodeterminación democrática.

Durante el tiempo que abarca la vida de una generación fué Goethe ministro en el exiguo Estado de Sajonia-Weimar, donde todos eran conocidos. En este país coincidieron muchas veces la cultura más elevada y la máxima prudencia política. No es, pues, de admirar que las simpatías de Goethe fuesen hacia la clase media, a la que tan primoroso monumento ha elevado en su *Hermann und Dorothea*. Del campesino se encontraba, sin embargo, bastante más distanciado. Miraba con desconfianza la incipiente industrialización, y se daba perfecta cuenta de que en ella actuaban fuerzas que podían sustraerse al control superior. Del mismo modo que desdeñaba las multitudes, la masa y las diversiones fáciles, su apreciación acerca del progreso era, también, prudentemente negativa. «Los ferrocarriles, las diligencias, los buques de vapor y todas las facilidades de comunicación posibles son las cosas que el mundo culto persigue para sobrepujarse, para supercultivarse y, en definitiva, perseverar en la mediocridad.»

De la misma manera que Goethe ha sido visto de diverso modo, según el punto de vista político, y ha sido reclamado ya por un bando, ya por el otro, ha variado también mucho el enjuiciamiento de su personalidad. Los médicos y los psicólogos estudiaron su carácter y sus enfermedades (13).

Incluso el interés por su obra ha dependido de las épocas, sin que le haya sido siempre favorable la colaboración de los exégetas, en especial la de los filólogos desde sus cátedras, pues no pocos de entre ellos se las compusieron de modo y manera que la figura humana de Goethe aparecía desdibujada por una plétora de deta-

(12) «En vano esperáis, alemanes, reuniros en una nación; en lugar de ello preparaos más libremente, pues lo podéis, para ser hombres.»

(13) LANGE-EICHBAUM, *Genie, Irrsinn und Ruhm*, Munich, 1928.

les. Sólo relativamente tarde, en el curso del presente siglo, se ha empezado a prestar atención, y se nos antoja que con gran provecho, a las obras de Goethe sobre las ciencias naturales, a su *Farbenlehre* —teoría de los colores—, a su *Pflanzenkunde* —botánica—, a su Mineralogía y a su Osteología, en las que se encuentran indicaciones muy importantes, no sólo para percatarse del método de trabajo seguido por el autor, sino también para su contemplación y comprensión globales.

Aunque Goethe haya manifestado en cierta ocasión que la historia política era para él azar y capricho, predominan, sin embargo, y con mucho, aquellos pasajes de su obra en que interpreta la vida en todos sus fenómenos como movimiento, como ciclo eterno, como un «morir y nacer». Lo que nos obliga a considerar su concepción política como una verdadera Biopolítica. Por muy meticulosamente que analice la estática y por muy detenidamente que se dedique al estudio de las fuentes, en realidad, la auténtica visión de Goethe está consagrada a las fuerzas de la dinámica. Sin que nada signifique en contra el que en algunos períodos, y principalmente durante las guerras de liberación, se haya dedicado, de propósito, a otras tareas, al modo como un físico evita oportunamente las altas tensiones. Mas no comprendería el genuino sentido de nuestro pensamiento quien creyese que vemos en Goethe al investigador frío y mecanizador. Las fuerzas, como tales, no constituían para él sino manifestaciones de la inteligencia humana.

Mommsen, de cuya meridiana exposición vinimos siguiendo las líneas generales, menciona también este particular en su capítulo «Innenpolitik», páginas 179 y siguientes, y de manera especial en las páginas 208 a 212. Pero nuestro ensayo de interpretación no coincide en todos sus puntos con el trabajo de Mommsen, a cuyos propósitos no corresponderíamos, por otra parte, si suscribiéramos sin más todas sus opiniones. La monografía de Mommsen representa algo de valor permanente para el lector extranjero interesado por las cosas de la política, pues significa un intento de exposición y exégesis de la historia política de la época de Goethe.

El ya anciano Goethe formuló, en 14 de marzo de 1830, su concepción de la política internacional en unas frases que le caracterizan como el europeo por antonomasia. El gran poeta germano no pertenece únicamente a Alemania, y mucho menos a determinados grupos políticos de ella, y sus palabras suenan como una admoni-

ción : «Ueberhaupt ist es mit dem Nationalhass ein eigenes Ding. Auf der untersten Stufe der Kultur werden sie ihn immer am stärksten und heftigsten finden. Es gibt aber eine Stufe, wo er ganz verschwindet, und wo man gewissermassen über den Nationen steht und man Glück oder Wehe seines Nachbarvolkes empfindet als wäre es dem eigenen begegnet Diese Kulturstufe war mir naturgemäss, und ich hatte mich darin lange befestigt ehe ich mein 60. Jahr erreicht hatte» (14).

G. VON WALDHEIM.

(14) «Con el odio nacional ocurre, desde luego, una cosa particular. Siempre lo hallarán revistiendo la máxima violencia e intensidad en los peldaños más bajos de la civilización. Pero hay un escalón en el que desaparece totalmente, y en el que uno se encuentra, hasta cierto punto, por encima de las naciones y en el que la dicha o el infortunio de la nación vecina se sienten como si le acaeciesen a la propia. Este nivel de la civilización era en mí algo connatural, y yo me había afianzado en él desde mucho antes de alcanzar la edad de sesenta años.»